ESBOZO

Ver: *Razón / Inteligencia – Logos – Razón / Proyecto*

«El darse una realidad a mí en el pensamiento es un acto que, ejecutado terminativamente por la cosa, sin embargo, formalmente es un acto mío. Y es un acto mío porque yo voy a la cosa y en cierto modo la fuerzo a dárseme, a decirme lo que ella es.

Es justamente lo que hemos llamado el esbozo. Nadie encuentra las cosas si no es en un esbozo. Y precisamente esto es lo que hace posible descubrir la estructura de la cosa, pero también es lo que hace posible decir con estricto rigor que la razón del pensar es algo estrictamente mío. El "darse" es un modo, *un acto del sujeto mismo*. Este acto es el esbozo: es él quien hace posible encontrar la estructura de la cosa.

El acto es mío, formalmente mío. Es un acto mío, que no lo encuentro en mí como puede ser la mera intelección, la mera actualidad, sino que es el esbozo es mío porque *lo he esbozado yo precisamente*.

Como este esbozo es la condición inexorable para que pueda encontrar la cosa, y por consiguiente para que esta pueda darme o no darme su razón, quiere decirse que este esbozo pone efectivamente en forma de esbozo las condiciones para la posibilidad de una verdad real y de una razón.

El pensamiento es mío en el sentido estricto y riguroso del vocablo. No solo como acto físico ejecutado por mí, sino como acto físico que, ejecutado por mí, hace *posible el que las cosas me den su propia realidad*. Ahí es donde propia y formalmente está la subjetividad.

Esto significa entonces evidentemente que cuando las cosas dan su razón, esta razón es mía, porque efectivamente soy yo quien le ha forzado a que me la dé y a que me la descubra mediante un esbozo, que me he forjado yo mismo.

Todo encuentro con una cosa es, por consiguiente, en una u otra forma, un encuentro conmigo mismo. El hombre que forja la teoría más abstracta y más alejada de su propia realidad, realiza un encuentro consigo mismo. […]

Todo encontrar una verdad en el orden de la razón es, en una u otra forma más o menos clara o solapada, un modo de encontrarse a sí mismo. El que las cosas nos den razón significa que la razón que ellas nos dan va configurando precisamente el modo de ser de mi propia realidad. No es que

mi razón configure las cosas, sino que es la verdad de estas la que configura mi razón y la hace así, mía. Y en este sentido, la razón que nos dan las cosas es una razón mía.

He sido yo quien ha puesto la condición de inteligibilidad, soy yo quien sale co-configurado al darme la cosa la razón de lo que ella es. Ahora bien, esto no podría acontecer sin la razón no estuviera lanzada hacia sí mismo; pero justamente lo está porque la inteligencia es refleja.

Y como esto no podría acontecer si no fuere subjetual, y no sería subjetual si no estuviera montada sobre una verdad real, resulta que esa tercera estructura, que es la subjetividad, se encuentra fundada en la reflexividad, y la reflexividad, fundada en la subjetualidad, resulta que todo ese conjunto de estructuras se encuentra fundado precisamente en la verdad real. […]

Nadie se encuentra a sí mismo de una manera inmediata, sin un cierto esbozo. Y esto es esencial.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y la verdad*. Madrid: Alianza Editorial, 1999, p. 132-133]

•

«La inteligencia, ordinariamente hablando, por lo menos en su forma de intelección –de nuda intelección– no puede decirse que busca las cosas, ni por tanto que las *encuentre*: simplemente las *tiene*, por el procedimiento que sea.

En cambio, en este abrirse paso hacia las cosas, en lo que llamamos razón, el hombre va a encontrar algo; es, pues, un movimiento que emerge de uno mismo. Y, por consiguiente, en esta marcha el hombre va a *encontrar* algo, y no simplemente está actualizando aquello que se le ofrece de una manera puramente pasiva.

El hombre tiene que trazar o tiene que interponer algo, que es justamente lo que confiere el carácter de camino a eso que conduce a las cosas. Ahora bien, eso que el hombre tiene que interponer, que la razón tiene que interponer forzosamente para llegar a encontrar las cosas, y no simplemente para tropezar en nuda intelección con ellas, es justamente un *esbozo*.

Un esbozo es lo que con razón o sin ella va a hacer posible el encuentro con las cosas.

Si no hubiese un esbozo no podría el hombre encontrarse con las cosas. Estaría naturalmente abandonado a la condición a que puede estar abandonado, por ejemplo, el sentido de la vista, si no pudiese registrar en su visión más que las cosas que, de una manera azarosa, pasaran ante sus ojos.

Si no hubiese un esbozo, no habría realmente un encuentro; un encuentro que, naturalmente, puede ser *positivo* o *negativo*. Pero esa positividad y

negatividad lo es respecto de un esbozo que la propia razón ha esbozado, y desde la cual y gracias a la cual accede a encontrarse con las cosas.

El método es, pues, constitutivamente esbozo.

Este esbozo es un camino, un método, que naturalmente va a encontrar o va a tener una salida positiva o negativa. Pero, en todo caso, es siempre un esbozo lo único que permite a la inteligencia ejercitar esa operación que es ir hacia las cosas para encontrarlas. […]

El esbozo es previo a la cosa misma. Si el esbozo no fuera previo, no sería realmente esbozo.

Ahora bien, el haber desconocido este momento de la prioridad del esbozo respecto de las cosas, es lo que invalida, a pesar de lo que vulgarmente se ha dicho millones de veces en la historia de la filosofía, la posición de Bacon en los orígenes de la filosofía moderna.

Se ha dicho que el *Novum Organum* es uno de los comienzos, junto con Descartes, de la filosofía moderna. La verdad sea dicha, si las ciencias de la naturaleza tuvieran que funcionar como pretende Bacon, no hubiera habido jamás, naturalmente, ni Física teórica, ni Biología. ¡Qué duda cabe! Para Bacon se trata únicamente de constatar la experiencia.

Hay que trazar un esbozo, y un esbozo que, en cuanto es esbozo, necesariamente es previo.

Ahora bien, el hombre traza este esbozo previo mediante una actividad que tiene un nombre perfectamente determinado: pensar. El pensar es la actividad de abrirse camino.

Claro, aquí aparece el pensar junto a este otro vocablo que anteriormente llamamos razón.

Sin hacernos demasiada cuestión histórica acerca de la relación entre el pensar y la razón, me limitaré a decir que el pensar es justamente la actividad del hombre que traza el método o el camino que ha de llegar a las cosas, y a eso se llama razón.

Se llama razón no en tanto que es un esbozo trazado por el hombre, sino en tanto en cuanto consiste en la articulación de ciertas dimensiones estrictamente intelectuales, que puede o no con decir a la captación o comprensión de las cosas.

Pensar es la actividad intelectual en orden a trazar el esbozo y el encuentro con las cosas. Esta actividad tiene dos aspectos. Por un lado, es algo cuyo término objetivo es comprender las cosas.

Y en segundo sentido, el pensar se llama *entendimiento*. Por otro lado, esta comprensión consiste en la actualización de los distintos momentos de la cosa. Momentos que se encuentran íntimamente fundados entre sí. En cuando esbozo de fundamentación, el pensar se llama *razón*. En definitiva, entendimiento y razón son dos *momentos objetivos* del pensar que no se

distinguen realmente; y el pensar mismo es la inteligencia en cuanto *actividad* ordenada al entendimiento y a la razón.

Si se quiere, la razón es justamente la versión objetiva y fundamentante del pensar. ¿Y qué es pensar?

Al trazar este esbozo, el pensar realiza algo que es previo a la intelección comprensora de aquello que quiere entender y comprender. El pensar en una u otra forma traza desde sí mismo el esbozo comprensor de las cosas. […]

El esbozo es ante todo y sobre todo una posibilidad de comprender lo que las cosas son. […] El primer carácter que tiene el pensar es que en su esbozo lo que hace es forjar, precisamente, una posibilidad. Pensar no es, en primera instancia, concebir ni razonar.

El pensamiento piensa, concibe y razona, pero aquello que constituye *formalmente* el objeto del pensamiento en tanto que pensamiento, es esto: *forjar una posibilidad, una posibilidad de intelección*, posibilidad de la que las funciones antedichas no son sino momentos suyos.

Pensar, lo que se dice dar vueltas a las cosas, es justamente forjar distintas posibilidades desde las cuales concebimos que podemos llegar a las cosas mejor por un camino que por otro: esto es pensar.

Dicho en otros términos, pues, el pensar interpone entre la inteligencia y la cosa, precisamente, una posibilidad.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y la verdad*. Madrid: Alianza Editorial, 1999, pp. 77-82]

•

«No es la vida y la *durée* [Bergson] la que nos fuerza a pensar, sino la inteligencia la que nos fuerza a vivir pensando. Vivir pensando es, formalmente, inteligir en el medio de una posibilidad. Esta posibilidad es concretamente la posibilidad de comprender o de entender la estructura de algo.

La inteligencia no puede entender lo que es la estructura de una realidad si no es apelando a otra o a momentos distintos de la realidad cuya estructura quiere inteligir. De lo contrario, no haría sino constatar.

Este carácter es el que en sentido etimológico se llama "co-legir"; es decir, coleccionar, reunir. Reúne las demás cosas, precisamente, para entender con ellas, de alguna manera, aquello que quiere entender. […]

El esbozo es precisamente la posibilidad constitutiva interna de la inteligencia humana, en tanto en cuanto recibe su carácter concreto de las cosas que constituyen la posibilidad que en cada momento cuenta el hombre *desde su situación*. Entender lo que son las cosas, trazar un esbozo, es algo que inexorablemente le pertenece a la inteligencia por su carácter de sentiente.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y la verdad*. Madrid: Alianza Editorial, 1999, p. 88-89]

•

«Lo que llamamos entender la realidad es siempre algo *intrínsecamente relativo a la posibilidad que se ha elegido*. La Física y la Matemática están llenas de proposiciones que se eliminan porque no tienen "sentido físico". No tiene sentido físico imaginar una velocidad superior a la de la luz.

Einstein diría: eso no tiene sentido físico, por la razón que sea. Imaginemos, se nos diría, una partícula determinada, una partícula elemental, que tiene perfectamente determinada su posición y su velocidad.

Un físico atómico diría: eso no tiene sentido. Si está determinada la posición no lo está la velocidad, y recíprocamente. La física estaría llena de proposiciones que no tienen sentido físico.

Y precisamente por esto, entender es siempre entender relativamente el sistema de posibilidades que han constituido el esbozo. Nosotros entendemos cualquiera de las grandes leyes de la Física teórica, más o menos concorde con la Física experimental. ¿Qué diría un griego? ¿Llamaría a eso entender?

En rigor, no diría que es falso. Lo que diría es que con eso no había entendido; que lo que le importa no es solamente medir la forma como las cosas ocurren, sino encontrar, como diría Aristóteles las αἰτίαι, las causas, que realmente producen las cosas. Un físico de hoy diría que eso no tiene sentido. […]

Para la física cuántica entender un fenómeno es justamente establecer las leyes de probabilidad cuánticas, que para un partidario del determinismo antiguo no es entender.

Entender es siempre algo esencialmente relativo al sistema de posibilidades que se han esbozado para acercarse a las cosas. El principio de inercia para nosotros es claro; constituye en cierto modo el exordio de la mecánica. Para un griego, ¿cómo se va a decir que el movimiento de un cuerpo abandonado a sí mismo, aunque sea rectilíneo y uniforme, no tiene causa?

Cualquiera que fuera capaz de darnos una explicación en sentido griego de lo que es la inercia, tendría que reasumir, dentro de su explicación, la verdad que toda la Física, a partir de Galileo, ha descubierto. No se trata de que la verdad quede derogada. Lo que digo es que lo que se llama entender una cosa pende esencialmente del sistema de posibilidades que constituyen un esbozo.

No solamente esto, sino que precisamente por ello mismo, hay *niveles* distintos en la comprensión. No es lo mismo comprender una cosa para los efectos de las situaciones vitales corrientes que el hombre tiene en la vida, que entenderlo desde el punto de vista de la ciencia, tal como se va

instituyendo hoy; y ni la comprensión vital ni la científica son idénticas a una comprensión filosófica. Son niveles de comprensión distintos.

Interponemos, pues, estos esbozos y estas posibilidades entre nosotros y las cosas para acercarnos, para llegar a ellas; este es "el" método.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y la verdad*. Madrid: Alianza Editorial, 1999, p. 91-93]

•

«Es muy raro que la realidad realice por coincidencia el esbozo que sobre ella el hombre ha montado. El hombre, generalmente, tiene pretensiones más modestas.

El eclipse de sol del año 16, que comprobó la Relatividad General, no dio exactamente el número que previó Einstein, pero lo dio muy próximamente –no me acuerdo si era 1,21 el que dio la realidad, y 1,19 el que previó Einstein. Total: un número perfectamente razonable.

Es que el encuentro real y efectivo del hombre con las cosas a través de un esbozo no se da siempre, sino rara vez, por coincidencia; generalmente es por convergencia. Y entonces decimos que el encuentro con las cosas es *racional*, en el primer caso, cuando hay coincidencia; y que es *razonable,* cuando hay convergencia, en el segundo.

El encuentro por convergencia es precisamente lo que caracteriza lo razonable. Y esta congruencia o convergencia puede ser mayor o menor. El encuentro es más o menos razonable. […]

Hay distintos modos de encontrarnos con la realidad, distintos modos por el tipo del encuentro, y por el carácter que tiene precisamente el encuentro en sí mismo.

Lo que sí es cierto es que este encuentro, tenga uno u otro carácter, realícese por vía de noticia, por vía de manifestación, por vía auditiva, por vía visual o eidética, sea razonable o sea racional; este encuentro consiste forzosamente en que las cosas nos den o no nos den, justamente, la razón. Esto es, que nuestro esbozo nos haya conducido a algo que es o no una verdad acerca de las cosas.

Es lo que llamo la verdad como razón.

Las cosas nos dan o no nos dan la razón. Esto no se puede decir de la verdad real de la nuda inteligencia. La nuda inteligencia *tiene* o *no tiene* la verdad real. No se puede decir que nos *dé* o nos *quite* la razón.

En cambio, cuando el hombre va, mediante un esbozo, a comprender lo que las cosas son, las cosas dan o quitan la razón. Y este "dar" significa ratificar o no ratificar, o rectificar el esbozo con que el hombre se acerca hacia ella. Y en esta ratificación consiste el primer carácter de la verdad como razón.

Pero en el esbozo hay dos dimensiones completamente distintas. Una, afirmar *provisionalmente* –y en forma de esbozo– algo acerca de la realidad. Y otra, afirmarlo *previamente*.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y la verdad*. Madrid: Alianza Editorial, 1999, p. 96-99]

•

«Hay unos esbozos con los cuales el hombre se va a acercar a la realidad. ¿A quién se le ocurriría hoy poner en duda la validez del método matemático para adentrarse en los secretos de la realidad física? Si hay alguien que inventa otro procedimiento, será un genio.

Lo fue Galileo en su hora. Todavía no ha llegado el genio que nos haya dado un esbozo distinto. Ese esbozo está incluido ahí, plasmado en el Espíritu Objetivo, dentro de lo que hemos llamado mundo.

No solamente la verdad nos instala en el mundo, sino que además nos instala en algo distinto, que no es el espíritu de cada cual y tampoco es el Espíritu Objetivo; es una cosa distinta, el *Espíritu Anónimo*.

No hay nadie en la Tierra capaz de albergar en su inteligencia la totalidad de los conocimientos que se poseen. ¿Quién es ese *se*? ¿El Espíritu Objetivo? No.

El Espíritu Objetivo no está poseyendo en acto esos conocimientos; sin embargo, se saben determinadas cosas; hay unas inmensas enciclopedias que pueden decírselo a uno, unas grandes bibliotecas, etc. Justo, esa es la forma del Espíritu Anónimo.

Ahí el *se* –se sabe– no tiene el sentido del *se* referido al mundo, sino que tiene el sentido del *se* como anonimato. De ahí que no hasta hablar del *se* como anónimo, como uno cualquiera, para que *eo ipso* hayamos tenido acceso al Espíritu Objetivo. Son dos dimensiones distintas del problema.

Pero en esa doble forma de Espíritu Objetivo constitutivo del mundo y del Espíritu Anónimo, el "se" sabe, la verdad de que puede echarse mano cuando interesa o importa saber lo que se sabe, la verdad nos tiene instalados.

Y la razón se encuentra instalada en esa línea: no tiene sino que funcionar en la familiaridad que le dan sus esbozos, los resultados que se conoce y aquello que, efectivamente, se sabe. Está en ello instalada la razón.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y la verdad*. Madrid: Alianza Editorial, 1999, p. 148-149]

COMENTARIOS

«Todo esbozo presupone un sistema de referencia. Los ejemplos que pone Zubiri son de San Agustín y Rousseau. Para el primero el sistema de referencia es Dios y para el segundo la naturaleza. Caben muchos sistemas

de referencia y todos ellos implican (más o menos directamente) y son a su vez objeto de una experiencia metafísica (teologal).

"Este sistema de referencia conduce a un esbozo de lo que yo soy en el fondo. Por ejemplo, el esbozo de una determinada vocación: ¿tengo o no tengo tal vocación? Para ello necesito probar la inserción de este esbozo en mi propia realidad.

En última instancia no hay más que una probación física de esta inserción: tratar de conducirme íntimamente conforme a lo esbozado. Esta inserción puede ser positiva o negativa. La inserción es pues un intento de conformación de mí mismo según el esbozo de posibilidades que he llevado a cabo.

Conformación: he aquí el modo radical de experiencia de uno mismo, es la radical probación física de mi propia realidad. Conocerse a sí mismo es probarse en conformación. No hay un abstracto "conócete a ti mismo".

Solo puedo conocerme según tal o cual esbozo de mis propias posibilidades. Solo el esbozo de lo que yo "podría ser" insertado en mí como conformación es lo que constituye la forma de conocerse a sí mismo.

Evidentemente, es una conformación en el orden de la actualización de mi propia realidad. Difícil operación este discernimiento de sí mismo. Es discernimiento en probación y en conformación" (IRA 256-257).

Gracias a la marcha de la razón en toda cultura y estrato social podemos hallar personas que realizan su vocación contra viento y marea y cuya forma de ser acaba siendo muy diferente de lo que podría esperarse por su origen y su medio. Pero Zubiri a su vez es enormemente comprensivo con aquello que nos condiciona y determina.

El hombre no puede jugar arbitrariamente con el abanico de factores que constituyen su forma de realidad ni con sus tendencias ni con sus posibilidades reales. Aunque evidentemente en la noción de vocación zubiriana resuena Ortega, hay diferencias muy apreciables entre ambos: para Zubiri la vocación no emerge del fondo insobornable sino de la apertura a la realidad.

El imperativo pindárico "llega a ser el que eres" cobra una mayor complejidad: se ensancha el análisis y la importancia de la forma de realidad, de lo que nos viene dado, mientras se estrecha el momento de libertad y ésta siempre se conjuga con una determinada experiencia de mí mismo y una determinada "experiencia metafísica".

Desde la perspectiva zubiriana "Toda diversidad de los individuos en el curso de su vida, sus constitutivos sociales y su despliegue histórico a la altura de los tiempos, son una fabulosa, una gigantesca experiencia del poder de lo real" (HD 96).»

[Corominas Escudé, Jordi / Vicens Folgueira, Joan Albert: "Xavier Zubiri, amigo de la luz, maestro en la penumbra", en Antonio Pintor Ramos

(Coord.): *Zubiri desde el siglo XXI*. Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, p. 75-76]

Impressum | **Datenschutzerklärung und Cookies**

Copyright © **Hispanoteca** - Alle Rechte vorbehalten